PORTUGAL

El río Duero desemboca en la cálida ciudad de Oporto

June Fernández

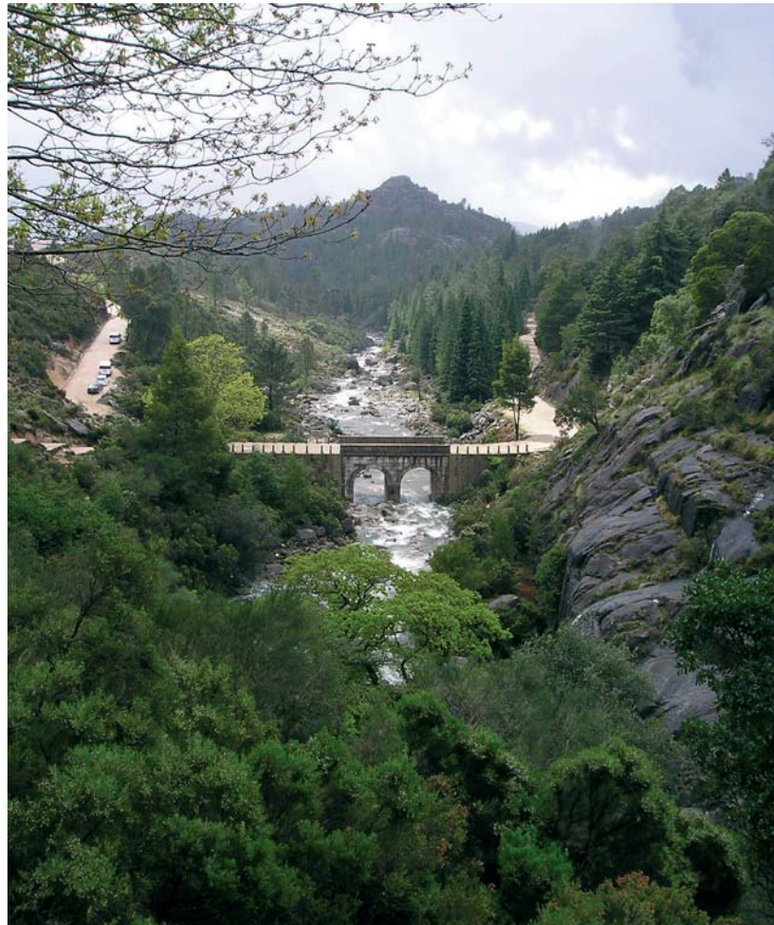
Si hay un sentimiento que se asocia con la cultura portuguesa en todo el mundo es el de la saudade, esa nostalgia marinera imposible de traducir de manera literal a ningún otro idioma. Sin embargo, es otra la característica que citan en primer lugar quienes conocen a fondo el país luso: la infinita hospitalidad de sus gentes.

Portugal encandila a sus visitantes con su sabor a mar, sus paradisíacas playas, su gastronomía, sus ricas tradiciones y, sobre todo, la amabilidad que les envuelve desde el primer día. Portugal es el puerto de Lisboa, el fado, las playas del Algarve y el vino Oporto, pero alberga también infinidad de desconocidos lugares de ensueño, a salvo -ojalá por mucho tiempo- de la fiebre turística.

La capital, Lisboa, contagia su magia marinera en una estampa propia de un pueblecito de principios del siglo XX, gracias a los antiguos tranvías que traquetean por sus callejuelas, ocupadas aún por limpiabotas y floristas. Alfama, en el que se sitúa la catedral, antiguo castillo medieval, es uno de los barrios más atractivos, con sus viejas fachadas de azulejos, las tascas (en las que se pueden degustar las tradicionales sardinas) y tiendas populares, el mercado del pescado o el Mirador de Santa Lucía. El tranvía nº 28 recorre los principales reclamos del barrio.

Reducida a escombros por un terremoto en el siglo XVIII, Baixa alberga la mayor plaza de la ciudad, Rossio, y la impresionante Praça do Comercio. Desde Baixa se puede subir en el emblemático ascensor de Santa Justa, construido en 1902, al barrio que permite disfrutar de las panorámicas más espectaculares de la ciudad: el Bairro Alto. La preferida del célebre escritor Fernando Pessoa es hoy zona de artistas.

Parque Nacional de la Serra do Gerês



Parte antigua de la ciudad de Lisboa.

De Lisboa merece la pena visitar dos localidades vecinas, separadas por un agradable paseo junto al mar: la marinera Cascais y Estoril, destino de veraneo de la alta sociedad. A un cuarto de hora en tren desde Lisboa se puede visitar la majestuosa Sintra, ciudad de veraneo de los antiguos reyes de Portugal, cuyos impresionantes palacios y casas aristocráticas se funden con un entorno natural exuberante. A 90 kilómetros de la capital se encuentra la ciudad amurallada de Óbidos. La huella dejada por fenicios, celtas, árabes y romanos la convierten para muchas personas en la más bella ciudad del país.

Oporto y Coimbra son las otras dos ciudades imprescindibles. La primera, famosa en todo el mundo por su vino, destaca por su casco histórico declarado Patrimonio de la Humanidad. Además de buscar sus edificios emblemáticos, conviene perderse por barrios tan singulares como Ribeira, la zona comercial en el medievo, o Miragaia, popular por sus pintorescas edificaciones. Coimbra, a medio camino entre Oporto y Lisboa, cuenta con su universidad del siglo XVI y el consiguiente ambiente estudiantil como principal emblema. Nada mejor que una parada en sus parques para darnos un respiro tras sumergirnos en el bullicio cultural.

Quien busque en Portugal un refugio para relajarse pensará en primer lugar en el Algarve. Pero sus pintorescos pueblos pesqueros y, sobre todo, sus islas y kilométricas playas son objeto de una salvaje explotación turística. Aún quedan rincones ajenos a esa vorágine, como las playas de Ponta da Piedade, entre Lagos y Sagres, escondidas entre acantilados que se asemejan a esculturas de piedra. Como alternativa al Algarve, el Alentejo, región natal del Premio Nobel de Literatura José Saramago, que cuenta con parajes igual de paradisíacos y la genuina hospitalidad de sus habitantes, menos familiarizado con el turismo. Ilha do Pessegueiro y Zambujeira do Mar son algunos de sus rincones más espectaculares.

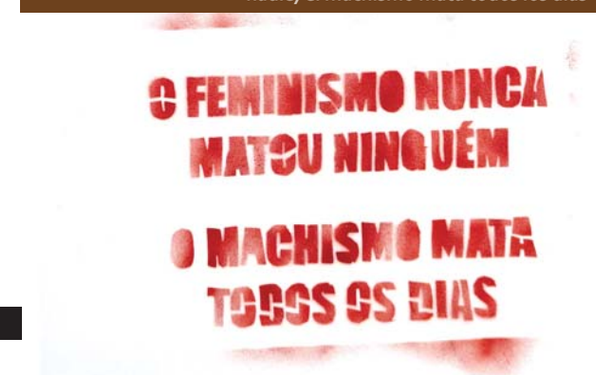
Portugal también es un destino idóneo para quienes busquen el contacto con la naturaleza. El frondoso parque natural Serra da Estrela y el bosque de Buçaco son sólo dos muestras de la biodiversidad de sus tierras. F

Ciudad amurallada de Obidos.

Lejos de la igualdad real

La situación de las mujeres en Portugal es, como ocurre en la mayoría de países occidentales, muy contradictoria. El reconocimiento formal al principio de igualdad de sexos explica el elevado nivel de formación y de inserción laboral femenina. Al mismo tiempo, los hombres portugueses son los europeos que menos participan en las tareas domésticas y, tal vez limitadas por la doble jornada, las mujeres presentan las tasas más bajas de participación en la vida pública y política. "Una igualdad formal no complementada con estructuras de apoyo a la familia provoca el agravamiento de las desigualdades entre los sexos en el plano material", confirma la socióloga portuguesa Virginia Ferrerira.

Pintada feminista en las paredes de la Universidad de Coimbra: "El feminismo nunca mato a nadie, el machismo mata todos los días".



La violencia machista es también un problema acuciante, cuya magnitud real se desconoce, ya que muchos incidentes violentos no se denuncian, según alerta Amnistía Internacional. Entre noviembre de 2005 y noviembre de 2006 se registraron 39 asesinatos sexistas en el contexto doméstico. Próximamente se reformará el código penal para que los malos tratos entre parejas de hecho, del mismo sexo y ex parejas se consideren violencia doméstica, lo que permitirá aplicar penas mayores.